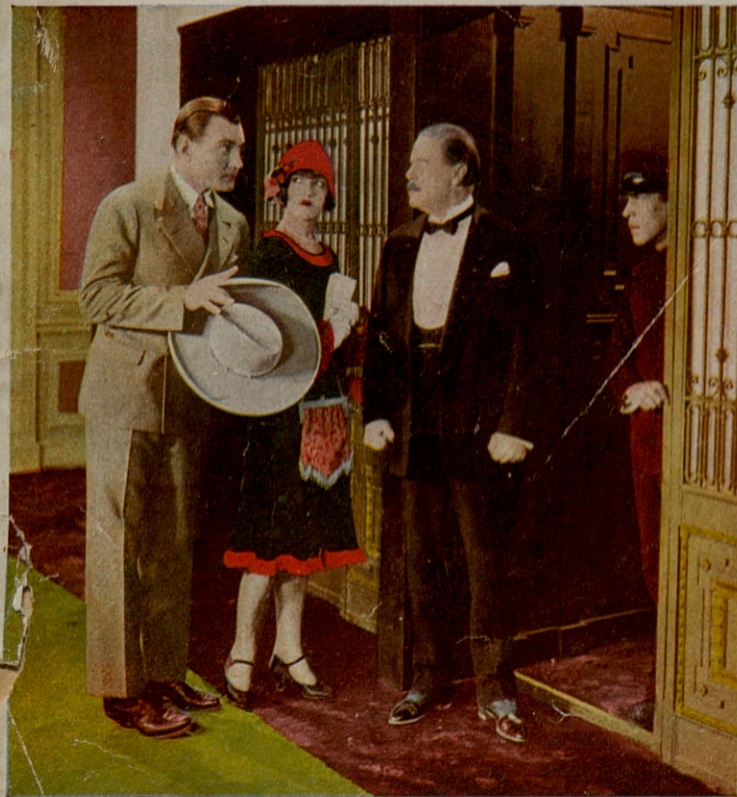


Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 34

25 cts.



LA LEY DE LOS PUÑOS
— por CHARLES JONES —

34

Biblioteca Ilusión

La ley de los puños

Superproducción FOX

Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por el popular vaquero

CHARLES JONES

por

H. ONIBLA



Exclusiva

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Calle Valencia, 280 : BARCELONA



REDACCION Y ADMINISTRACION

PARIS, 204 : BARCELONA

La ley de los puños

Superproducción F.O.X.
Versión literaria de la película del mismo
título, adaptada por el popular escritor

CHARLES JONES

por
H. ONIBLA

Exclusiva
HISPANO FOX FILM S. A. E.
Calle Valiente 280 : BARCELONA



Tipografía La Académica
Herederos de Serra y Russell
Calle Enrique Granados, 11a
Teléfono G.104 : Barcelona

LA LEY DE LOS PUÑOS

PERSONAJES

Larry Crawford	<i>Charles Jones</i>
Betty Gregory	<i>Sally Long</i>
El Juez Gregory	<i>E. J. Radcliffe</i>
Percival	<i>Frank Butler</i>
Glenmore Bracho	<i>Lloyd Whitlock</i>
Andy Parker	<i>Frank Rice</i>

LA LEY DE LOS PUÑOS

PERSONAJES

Charles Jones	Larry Crawford
Sally Long	Betty Gregory
E. J. Radcliffe	El juez Gregory
Frank Butler	Percival
Lloyd Whitlock	Glenmore Bracho
Frank Rice	Andy Parker

LA LEY DE LOS PUÑOS

— ¡A tierra, que hemos llegado a Los Angeles!

Este grito puso en movimiento a todos los pasajeros del lujoso trasatlántico, los cuales aparecieron en la cubierta dispuestos a desembarcar tan pronto como la nave atracase.

Entre ellos estaba Larry Crawford, el cual llegaba de Ultramar ansioso de volver a su rancho de Arizona, y con él venía Percival, un íntimo amigo suyo al que conoció en el lodo de las trincheras durante la guerra.

En la estación marítima vemos a Andy Parker, capataz del rancho de Larry, que ha venido a recibir a su amo con multitud de preocupaciones y unas cuantas copas entre pecho y espalda.

También vemos a Glenmore Bracho, un especulador de terreno de Arizona, al que

rodean tres hombres de su confianza, los cuales, como él mismo, parecen muy preocupados y en acecho de algo o de alguien.

* * *

Por fin el lujoso trasatlántico atracó y los pasajeros desembarcaron. Andy Parker corrió al encuentro de su amo.

— He venido a recibirle, patrón — le dijo apresuradamente, — porque tengo importantes noticias que darle.

Y andando hacia la salida llegaron hasta donde estaba la parada de autos-taxi, a la salida de la estación.

Entonces Glenmore Bracho, que con sus hombres procuraba ocultarse detrás de un automóvil, les dijo señalando al recién llegado :

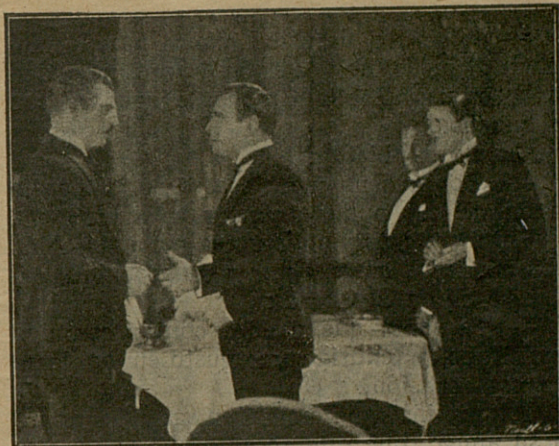
— Ese es Crawford, al que quiero que os quiten de en medio.

Y tras breve pausa añadió, mientras el vigilado subía a un automóvil seguido de Andy.

— No lo dejen salir de Los Angeles hasta que yo les telegrafe desde Cactus City.

Y dejando instalados a sus secuaces en un poderoso automóvil para que pudieran seguir al que ya había ocupado Crawford con su capataz, desapareció en el intrincado dédalo de los docks del puerto.

El auto de Crawford partió a toda velocidad, seguido a distancia por el que ocupaban



Larry reparó en Bracho

sus perseguidores, y entonces Crawford preguntó a Andy :

— ¿Qué noticias son esas? Vamos a ver.

Antes de responder sacó del bolsillo un trozo de mineral, y mostrándolo a su amo le dijo :

— Vea usted : es oro y del bueno... Lo encontramos sobre el rancho de Gregory, a cuya compra tiene usted opción... Pero lo peor del caso es que el condenado de Bracho se ha enterado de todo y me ha seguido hasta aquí.

Larry Crawford le escuchaba atentamente.

Andy prosiguió :

— La opción de *usted* expira pasado mañana al mediodía, y si no se apresura *usted* a hacer uso de ella Bracho se quedará con el rancho.

Crawford objetó :

— ¿Por qué no me avisaste por telégrafo a fin de que pudiera conseguir dinero?

Entonces intervino Percival, que también iba con ellos en el auto, y mostrándose generoso dijo a Crawford :

— Ya sabes que puedes contar conmigo para todo, y tendría sumo gusto en ayudarte en esta ocasión.

Y tanto insistió Percival en sacar del apuro a su amigo, que éste accedió al fin.

— Bueno, Percival — le dijo, — no hablemos más. Acepto tu dinero y desde este momento eres mi socio y nos repartiremos las utilidades por mitad.

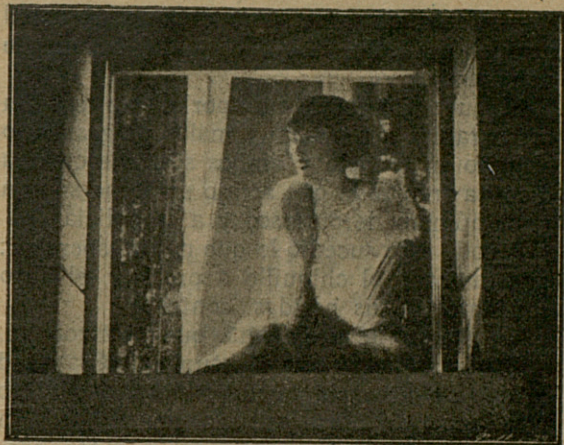
Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando uno de los muchos autos de lujo que corría por la espléndida avenida atropelló a un chiquillo.

Crawford vió el atropello, y dejándose llevar por sus impulsos generosos hizo parar el auto y se lanzó en socorro de la criatura atropellada.

Gimoteando el chiquillo exclamó :

— Aquel auto de lujo me atropelló y ni siquiera se ha parado.

Entonces Crawford recogió al niño en sus vigorosos brazos y le llevó a su auto, orde-



Buenas noches, Larry

nando al chófer que persiguiera al carruaje causante del atropello.

Persecución tenaz. Por las calles, llenas de vehículos, cruza el auto que conduce a Crawford como una exhalación.

Al fin llega un momento en que tiene que detenerse ante la vara autoritaria de un guardia que regulariza la circulación y Crawford, que ha visto a un lujoso automóvil también allí parado, se dirige a sus ocupantes, los cuales son precisamente el juez Gregory y su hija Betty, y cogiendo violentamente por las narices al juez Gregory le dijo con sorna :

— Usted dispense, pero el auto de usted atropelló a este chiquillo y debió haberse detenido.

El juez Gregory, que por cierto era un cascarrabias y tenía muy malas pulgas, puso el grito en el cielo y ambos sostuvieron una disputa tremenda que atrajo en torno suyo a gran número de curiosos y a la policía.

A todo esto sucedió lo que nadie esperaba : que invitado el chiquillo a precisar el auto causante de sus heridas, contestó :

— No, no fué este el auto que me atropelló.

Fácil es de adivinar el estupor de Crawford y sus amigos, que quedaron corridos como una mona, en tanto que el juez, dispuesto a tomar cumplida venganza del que tan osadamente había puesto manos en sus narices, gritaba como un loco :

— Detenga usted a este hombre, por golpes, ultrajes a la autoridad y escándalo en la vía pública... ¿No me oye usted?... ¡Cumpla mis órdenes, guardia! Sepa usted que soy el juez Gregory y vivo en el Hotel Dartmore.

Todo ello se redujo a una multa de 500 dólares, y una hora después Crawford, con su amigo y capataz, se instalaba en el mismo hotel donde vivía el juez.



La gente de Bracho había informado a éste de lo ocurrido a Crawford y de que había tomado habitaciones en el Hotel Dartmore, y Bracho ordenó a los suyos que alquilasen traje de etiqueta y que se presentaran aquella noche en el hotel para ajustar las cuentas a su perseguido.

Poco después, mientras Crawford cena tranquilamente en el restaurant del hotel, el juez Gregory se dispone a recibir la visita de Bracho para el asunto de la venta de su rancho en Cactus City, y como tiene aún dolorida la nariz por los fuertes tirones que le diera en ella nuestro héroe de Arizona, no cesa de murmurar entre dientes : « debía haber sentenciado a ese animal a seis meses de cárcel ».

Una hora más tarde Bracho visitaba al juez y le decía :

— ¿Ha decidido usted, por fin, si me vende o no su rancho?

— No quisiera comprometerme a nada en firme. Sé que Larry Crawford quiere comprarlo y...

Le interrumpió vivamente Bracho :

— Eso no importa ; Crawford no sólo no tiene dinero para comprar la propiedad, sino que es indigno de su confianza.

— Usted comprenderá, Bracho, que mi deber es oírlo...

— No lo creo posible : está ausente, en Panamá, y su opción expira pasado mañana.

Tantos rodeos dió a la conversación Bracho y tan hábilmente supo envolver al juez Gregory, que éste acabó por aceptar su proposición, y juntos bajaron al restaurant del hotel, donde ya Betty esperaba a su padre para cenar en una de las mesitas.

Previos los saludos de rúbrica, el juez dijo a su hija :

— El señor Bracho me hace una oferta espléndida, y si quieres iremos mañana mismo a Cactus City a cerrar el trato.

A la sazón Crawford reparó en el hermoso collar de perlas de Betty y participó a su amigo el descubrimiento de tan bella mu-chacha.

— Hermosas perlas y hermosa joven, ¡es verdad! — confirmó Percival. — Por cierto que la conocí en el campeonato internacional de polo el año pasado.

— Pues preséntame a ella — exclamó el impulsivo Crawford sin poderse contener.

— El caso es — objetó Percival — que se me ha olvidado cómo se llama.

— No importa — insistió Crawford. — Llámala la señorita desconocida.

Y alentado por su amigo, al que de todas formas quería servir, sin más rodeos se dirigió Percival a la mesa donde estaba el juez Gregory con su hija y Bracho, y dirigiéndose a Betty la dijo :

— Señorita, tengo el honor de presentarle a mi amigo Larry Crawford.

Apenas se saludaron ambos jóvenes, Crawford reparó en Bracho, y entre ambos hombres se entabló una verdadera batalla con gran estruendo de vajilla rota y mesas volcadas.

El que puso fin a todo ello fué el juez Gregory con el siguiente comentario :

— Sentenciaré a ese diablo de hombre lo menos a diez años por todo ese estropicio.



Media noche. Hora de sustos y de ronquidos.

Los hombres de Bracho que han reparado en las perlas de Betty penetran subrepticamente en la habitación mientras la joven duerme, pero ella se da cuenta de su presencia y pone en fuga a los forajidos con sus gritos.

Las voces de Betty pidiendo socorro lo gran despertar a Crawford y a Percival, y el primero se obstina en aprovechar la ocasión de ser presentado nuevamente a la joven, pues ella parece no recordarle.

Percival, como es de suponer, accede de buen grado.

Y cuando ya entablan conversación, Percival desaparece por el foro.

Al quedarse solos, Larry, que está cada vez más interesado por la joven, dice a Betty:

— ¿Por qué no llama usted a su papá y le cuenta lo ocurrido?

Por toda respuesta dijo ella:

— Ya no tengo miedo desde que sé que es usted mi vecino de cuarto.

Una breve pausa.

Ambos jóvenes se miran amorosamente.

La primera en romper el silencio es Betty.

— ¿Cómo se llama usted de nombre? — le preguntó.

— Larry — dijo el interpelado.

— ¿Y usted?

A la sazón Larry había pisado unos clavos que cayeran en la alfombra y empezó a hacer serias contorsiones que hicieron reír grandemente a Betty, haciéndola exclamar:

— ¡Ah! ¿baila usted charleston?

Los dos rieron de buena gana, y al despedirse para el día siguiente eran ya los dos mejores amigos del mundo.

Mientras tanto el juez Gregory no había perdido el tiempo. De su puño y letra había firmado una orden de retención contra Larry y Percival. Y así las cosas cuando todos ellos se disponían a salir en el mismo tren para Cactus City, Crawford se encontró con la desagradable sorpresa de ser detenido por un agente de la autoridad, el cual le ordenó darse preso al mismo tiempo que le exhibía la oportuna orden de arresto.

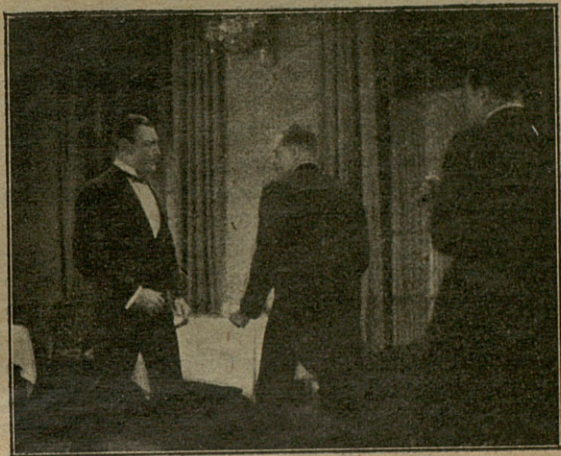
Como dicha orden abarcaba también a Percival, el agente preguntó :

— ¿Dónde está el otro acusado?

Percival estaba ya en la estación, pero Larry mintió con el propósito de tomar las de villadiego.

— Se está bañando — dijo. — Le voy a llamar.

Excusado es decir que tan pronto como salió Larry de la habitación se lanzó en desenfrenada huída, saliendo a la calle por la escalera de servicio del hotel y tomando auto-taxis, tranvías y hasta una motocicleta que



Se entabló una verdadera batalla

apenas sabía manejar, y logró tomar el tren de Cactus City en la primera estación en que paraba el convoy.

En el momento en que Larry estaba en el techo del vagón de cola y se disponía a descender para pasar a la plataforma, el juez Gregory, sentado en un sillón rodeado de su hija y Bracho, estaba diciendo :

— Este viaje será una delicia para mí, pues en tres años es la primera vez que salgo de vacaciones...

Y tras breve pausa añadió :

— Y si ese bribón de Larry vuelve a presentarse lo...

No había aún acabado la frase cuando Larry Crawford se dejó caer desde el techo a la plataforma, yendo a parar precisamente encima del quisquilloso juez.

— Telegrafiaré — gritó éste — para que le detengan en la próxima estación.

Larry Crawford le tiró de las narices irrespetuosamente, y llamándole « cara sucia » desapareció del vagón en busca de su amigo Percival.

Inmediatamente el juez Gregory transmitió el siguiente telegrama a todos los jefes de estación :

« Notifique comisario espere tren número 5 y detenga dos fugitivos de la policía, por orden del juez Gregory, de los Angeles. — JOHNSON, conductor ».

Lo notable del caso es que este telegrama fué conocido por Larry y Percival para todo lo contrario de lo que se proponía el juez.

El hecho es que sirvió para obtener toda clase de felicidades en su vida y para desesperar en cambio a sus perseguidores.

Por fin en una de las estaciones, casi al final del trayecto, el juez Gregory consiguió dar a conocer su autoridad, pero estaba ya molido, sin aliento y sin ganas para seguir adelante.

Pero el jefe de la estación le animó diciéndole :



Es usted Larry Crawford

— ¿Por qué no toma usted un aeroplano?

— Yo nunca he estado por las nubes — contestó el fatigadísimo juez Gregory.

Mas tanto le insistieron unos y otros que al fin se dejó arrastrar hasta un hermoso biplano, que seguidamente levantó el vuelo hacia Cactus City.



V

Mientras tanto en el vagón habían vuelto a hacer su aparición Larry, Percival y el capataz Andy, y todo el interés de Larry se concentró en querer explicar a Betty, la hija del juez Gregory, lo que ocurría; pero la joven estaba enojadísima con él, y cuando la dijo :

— Permítame usted que le explique...

Ella contestó volviéndole la espalda.

— No pierda usted el tiempo — añadió. — No quiero volver a verlo nunca.

Los tres reunidos decidieron ir pensando en el partido que habían de tomar, mas antes de nada pidieron una taza de te, y a Percival, hombre siempre de buen humor y aficionado a toda clase de chirigotas, le vino en gana tomar la cabellera a Andy y le dijo :

— Oye, Andy: tú que tienes experiencia con las mujeres, aconséjame lo que tengo que hacer.



Permítame ust d que le explique...

El inocentó de Andy replicó :

— Pues, muy sencillo : hay que engañarlas, y sobre todo hay que hacerlas creer que es uno muy inteligente.

Luego, al poner un poco de serenidad en la conversación, acordaron Percival y Andy que Larry debía poner en conocimiento del juez Gregory todo lo sucedido.

Al mismo tiempo que ellos hablaban en el vagón salón, no lejos de ellos los hombres de Bracho codiciaban una vez más la posesión de las perlas de Betty, y acordaban apoderarse de ellas sorprendiendo por detrás a la

joven, en el momento en que estuviera más descuidada.

— No dormiré en paz hasta que me apodere de esas perlas — dijo uno de ellos.

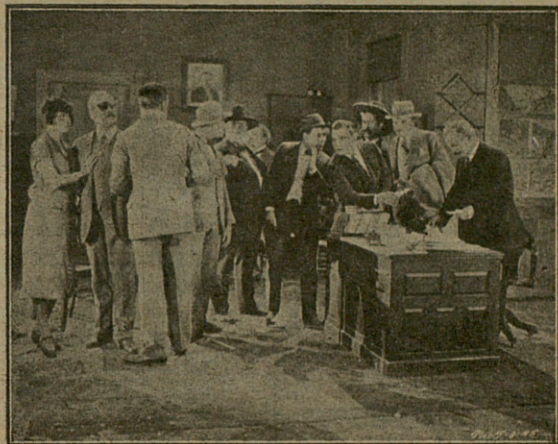
Y como si esta frase fuese el punto final de la conversación, se retiraron para ponerse en acecho.

Percival, entrometido, como siempre, se ha dado maña para entablar conversación con Betty, y aunque pocas palabras logra cruzar con ella, tiene ocasión de hablar en favor de su amigo Larry, poniendo a su amigo ante los ojos de la muchacha como el hombre más valiente y el caballero más leal, honrado y cabal que se podía encontrar.

Hablando estaban cuando los hombres de Bracho, que no se habían dado cuenta de que a Betty la acompañaba Percival, creyéndola sola y, por tanto, llegado el momento propicio a su hazaña, se deslizaron sin ruido detrás de la butaca donde estaba sentada y una mano mano ávida se abalanzó sobre la joven.

Mas a tal tiempo coincidió la aparición de Larry en el vagón, el cual se dió cuenta exacta del despojo de las perlas, y rápido como una flecha se abalanzó sobre el ladrón, sosteniendo con él tremenda lucha.

Durante kilómetros enteros, Larry, con la sola ayuda de Percival, se sostuvo bien contra los tres bandoleros, pues los otros dos no tardaron en presentarse para dar ayuda a su



A la mañana siguiente, en Cactus City...

compañero, y al fin logró dominarlos y hacer de ellos sus prisioneros.



VI

Esta desusada defensa estrechó los lazos de amistad con Betty, y Percival experimentó una de las mayores alegrías de su vida al ver que la joven hija del juez Gregory no sólo les trataba lo mismo a él que a Larry, sino hasta con confianza.

Percival se atrevió a decirle :

— Larry no es mal muchacho. De veras le aseguro que harían ustedes una buena pareja.

Larry, por su parte, no se atrevió a ser muy explícito, pues como todas las apariencias estaban en contra suya no quería despertar sospechas, y menos en la ingenua Betty.

Por eso, durante el resto del viaje se limitó a decirle :

- Bonito paisaje, ¿verdad?
- Ojalá no lleguemos con retraso.
- Seamos amigos, se lo suplico.
- Y otras cosas por el estilo.



En el Hotel Dartmore

Ahora bien, sin que Larry Crawford supiera nada, Percival enteró a Betty de la verdadera personalidad de Larry, rico ranchero de Arizona, y del móvil que impulsaba a Bracho a querer comprar el rancho Gregory.



Y tomando a este último de la mano lo llevó a un extremo de la habitación y le informó de lo ocurrido con todos sus pormenores.

Informado ya el juez Gregory de la clase de pájaros que eran Bracho y sus hombres y de que aquél si deseaba adquirir el rancho era por el oro que había en el subsuelo de la finca, se acercó a Bracho y sacándole la corbata del chaleco despreciativamente exclamó:

— Vaya un gusto que tiene usted para corbatas, amigo.

Entonces, uno de los cómplices del malvado dijo señalándole con el dedo:

— Ese hombre ha sido quien nos dió dinero en los Angeles para que quitásemos de en medio a Crawford.

Inmediatamente, como es natural, fué reducido a prisión juntamente con los cómplices; mas antes de pasar a la grillera de hierro aún oyó resonar la voz chillona del juez Gregory que decía:

— ¡Quítenlos de mi vista antes de que pierda la paciencia!

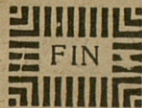
* * *

Momentos después reinaba la paz en el juzgado de Cactus City.

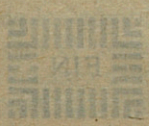
Larry Crawford pasaba a ser propietario del rancho Gregory y se prometía con Betty, siendo de notar que el juez confesó haberle

encontrado simpático desde que lo vió la vez primera.

Y días después, todo en la mayor armonía, Crawford y Betty se unían con los indisolubles lazos del matrimonio y el porvenir se abría ante ellos como florida senda de rosas.



encuentro a la vez de la vida y de la muerte.
Y así, cuando se mira a la vida y a la muerte,
se ve que la vida es un camino que se va haciendo
y que la muerte es un camino que se va haciendo.
Y así, cuando se mira a la vida y a la muerte,
se ve que la vida es un camino que se va haciendo
y que la muerte es un camino que se va haciendo.



E 297

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

**200 retratos de artistas
— y 200 biografías —**

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO : 3 PTAS.